

LA FAMILIA FARALLON - pag. I
Primera Parte

OK (2)

El día 2 de agosto ^{de 1916} temprano por la mañana, salió de Cayey, Isla de Puerto Rico, un tabaquero joven, quien para muchos de sus compueblanos era un modelo de virtud y una gran esperanza para su familia y su Patria; pero para otros, no muy pocos, era un tipo hurao, antipático y anarquista peligroso. Bernardo Farallón se marchaba al extranjero. Abandonaba su tierra para irse a conocer mundo y ^{en} busca de bienestar económico. Salía hacia Nueva York, único punto del Planeta para donde podían emigrar los puertorriqueños de la época. [intercalan # pag 7 - según se marca]

Hizo su viaje desde Cayey a San Juan sin darse cuenta del tiempo y de los demás incidentes de la travesía. No habló una sola palabra en todo el camino. Su rostro reflejaba una pesadumbre inmensa. ~~De vez en cuando, lágrimas abundantes le rodaban silenciosas por las mejillas palidas, color de cera.~~

A la diez de la mañana llegó a la ciudad Capital. El sol de agosto empezaba a calentar el empedrado medioeval de las estrechas calles capitolinas. El automóvil lo dejó a la entrada de un hotelito barato, El Comercio, que existía en la calle Tetuán, en donde aseguró hospedaje. Luego salió a dar una vuelta por la ciudad. Quería despedirse de sus amistades más cercanas... ~~Camino un rato sin rumbo definido...~~ Después, se dirigió a Santurce. Por allí vivía su maestra Elisa Rubio y para ella sería la primera visita...

A pesar de que Bernardo era ya un hombre de más de 30 años, para ^{ella} ~~Elisa~~ no dejó de ser nunca su más obediente y estudioso muchacho. Elisa era maestra superior al uso pedagógico de su tiempo y aplicaba su arte de enseñar con flexibilidad y sin ajustarse a los dictados rígidos de los preceptistas de su tiempo. Esta modalidad personal le proporcionó muchas dificultades y tropiezos con los inspectores de escuela, quienes estaban perplejos y confusos, tratando de adoptar un sistema pedagógico improvisado y contrario a las corrientes y modalidades de la cultura puertorriqueña.

LA FAMILIA FARALLON - pag 2
Primera Parte.

Informo a su maestra el móvil de su visita. Ella, con la dulzura de siempre, le hablo con optimismo contagioso de las posibilidades que la vida en Estados Unidos ofrecia a las personas estudiosas. - Tu puedes llegar a ser una gloria - le decia - tienes talento, voluntad y sabes un oficio. Con esos medios no dudo que triunfaras...

Aquella misma tarde el viajero se despidio de sus mas allegados companeros de ideas: Manuel F. Rojas, Santiago Iglesias, Rafael Alonso y P. Rivera Martinez. Iglesias, despues de manifestar su pena por la perdida que sufria el movimiento obrero con su partida, le dio una carta de presentacion para el New York Call, el gran periodico socialista que se publicaba en esta ciudad ^{hasta aqui} para ese tiempo...

Cansado y sudoroso por el trajin y emociones del dia regreso a su hospedaje. Compró ^{algunos} La Correspondencia, El Tiempo, La Democracia y El Dia, los diarios que se publicaban en la Isla y se retiró a leerlos en la tranquilidad de su estancia...

La prensa de Puerto Rico era muy interesante en esos dias. Los escritores eran, casi todos, de sorprendente calidad. La colaboración de Luis Lloren Torres, Nemesio R Caballes, M. Martínez Plee, Mariano Abril, Epifanio Fernández Vanga, ^{F. Leon Gely} Miguel Meléndez Muñoz, ^{J. Muñoz Rivera} Tomás Carrion, Guillermo V. Cintrón y muchísimos otros, era medular, recia, jugosa, rebozante de talento, erudita, de facultad creadora y servía de acicate a la juventud para el desarrollo de nuevas inquietudes y para mejorarse. ! Qué diferencia existe entre los periódicos de hoy y los de aquel tiempo!

Por la noche Farallón fue a ver a Benigno Fernández García. No podía olvidarse

OK

LA FAMILIA FARALLON -pag. 3
Primera Parte.

de un amigo tan generoso. Departieron por largo rato. Hablaron de los problemas internacionales, de la guerra europea y de la vida en Estados Unidos. Benigno era un gran hablante y persona de muchísimo talento.

Era ya muy tarde cuando nuestro viajero regresó a su hospedaje. Trató de dormir, pero no pudo. Poco a poco, su mente se fue llenando de recuerdos y su corazón de angustias. Hasta ese momento ^{había} actuado como ~~si estuviera~~ ^{adormido} bajo los efectos de un calmante, algo así como si estuviera hipnotizado. En aquellos instantes se repetía la tristísima escena de la despedida de su pobre familia. El inmenso dolor y las copiosas lágrimas de su madre al darle el último abrazo de despedida y las caras tristes de sus hermanitos, diciéndole adiós desde la puerta del hogar humilde, venían a su memoria y le destrozaban el alma.

Era imposible dormir y de nuevo se fue a la calle. No estaría mal, pensó, aprovechar las horas que le quedaban en tierra para decir adiós a la bellísima capital de su País. Hacía fresco. Había llovido. El cielo estaba limpio. La luna velaba con celo y orgullo la soledad y el sueño de la ciudad hechicera. Tuvo horas de coloquio sin palabras con los antiguos edificios, con las calles solitarios y con los callejones románticos que tantas cosas épicas recuerdan! Qué hondas emociones despierta el San Juan viejo a las almas no vulgares en ~~la~~ la quietud de la madrugada! Qué lástima que las exigencias de la vida moderna vayan segando esta fuentes de sueños, este arsenal de armas tan esencial para la lucha de supervivencia espiritual del hombre puertorriqueño....!

El alba lo sorprendió sentado en un banco de la Plaza de Armas. Pronto la ciudad se incendió con el sol bravo del verano tropical. El alegre tren eléctrico empezó a descargar sus pasajeros a lo largo de la calle de San Francisco. La capital empezaba en esos días la intensificación de su vida utilitaria. Perdía la tranquilidad y el sosiego de los tiempos contemplativos. Se congestionaba con la afluencia de los habitantes del campo. Los pequeños terratenientes; unos, seducidos por precios que consideraban fabulosos vendían sus finquitas; otros, agobiados por el fisco y el atropello de las corporaciones tenían que abandonarlas, y todos se marchaban al pueblo o a la capital. Las tierras pasaban a manos de las grandes empresas. Se abandonaba el cultivo de los frutos del país. Se arruaban los campos a desaparecer los montes. Escaseaba el agua de los rios. El panorama se

© Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico

OK

hacia mustio. El hombre se ~~transformaba en un ser~~ ^{hacia} melancólico y fatalista. Todo sería caña y tabaco en manos de hombres extraños y una tierra trabajada y cultivada por peones.

El costo de la vida aumentó enormemente. Todos los menèteres venían del extranjero. La comida importada era más sabrosa que los humildes manjares nativos. Se despreciaba la mazorca de maíz dulce y nutritiva, para comer corn flakes...

La civilización avanzaba. Ya no había horas que dedicar a la vida sencilla de otras edades. Todo el tiempo tenía que ser dedicado a la lucha para ganar el sustento.

~~ff~~ ~~ff~~

A las dos de la tarde Farallón subió al barco que lo llevaría al Norte. Entró a su camarote. Acomodó su equipaje y presuroso se volvió a cubierta. Quería acariciar con su mirada hasta última hora las costas de su Patria. El Coamo empezó a moverse perezosamente hasta que pasó la Puerta ~~de~~ ^{de} San Juan. Pronto estaba mar adentro. El Castillo del Morro se fue desfigurando en la distancia. La costa se destacaba cada vez más confusa en ~~el~~ ^{el} ~~línea recta del~~ horizonte. Después... mar y cielo.

El pasaje continuaba sobre cubierta, haciendo esfuerzos visuales para distinguir la silueta de la tierra que se escondía tras la curvatura del globo terráqueo. El cielo lucía esplendorosamente su ~~borrachera de colores hacia el~~ ^{ata de color borroso de luz y de calor.} ~~occidente.~~ Luego... la noche. El movimiento del barco. El mareo de los pasajeros. El alma torturada por el recuerdo de la familia...

El viaje fue ~~tan~~ tranquilo. Los pasajeros hablaban con entusiasmo sobre sus planes futuros en el país de la abundancia. Los unos, trabajarían para mandar a buscar a sus familiares; los otros, economizarían dinero y se harían de ^{una} profesión o ^{se dedicarían al} ~~comercio~~ (comerciantes). Ninguno de ellos fijaría su residencia permanentemente en Estados Unidos. Todos abrigaban la esperanza de regresar algún día a su País. Cada cual venía haciendo su castillito en el aire. ~~No~~ ^{No} tenían la más mínima idea de lo que era la vida en Nueva York.

Al amanecer del cuarto día el barco entraba en el Canal de Sam Ambrosio. Por la madrugada todos estaban ~~abando~~ ^{sobre cubierta}. Contemplaban con asombro el reguero de luces, que como un inmenso collar engalana la bahía de la magnética ciudad del Hudson. El panorama era impresionante. El puerto estaba ese día sin neblina y el cielo claro y limpio. Los jibaros

OK

estaban atolondrados. El ajeteo de la bahía los mareaba. Los edificios, cuyas cúpulas se proyectaban desafiantes y ~~atrayidos~~ hacia el cielo, dejaban a los pasajeros con la boca abierta y hechizados. Por fin, el barco atracó en el muelle Hamilton en Staten Island.

Los viajeros estaban divididos en dos clases: la de primera, eran estudiantes, hombres de negocios y familias pudientes. Los de segunda, en su mayoría, tabaqueros y familiares de éstos. Todos juntos abordaron el vaporcito que hacía la travesía entre el muelle y la parte baja de Manhattan, y en menos de media hora estaban en tierra firme. Se abrieron las fauces del dragón de hierro y piedra que es la inmensa urbe neoyorquina, y, como pajitas que se lleva el viento, desaparecieron los jíbaros que vinieron en aquella feliz jornada del antiguo vapor Coamo...

[Insertar p. 2 pag. 7 - según de marca.]
Entre los pasajeros

ⓧ Todos los recién-llegados estaban bien vestidos. ~~Los~~ había blancos, mestizos y negros. Durante el viaje no hubo borracheras, escándalos ni peleas. Los que no tenían a nadie esperándolos se iban con los representantes de las casas de pupilos, que iban a buscar clientes los días que entraba barco de Puerto Rico.

Ⓜ El Battery, cerca del muelle en donde atracó el vaporcito, era la terminal de todos los trenes elevados. Las líneas de la Segunda, Tercera, Sexta y Novena avenidas entroncaban todas allí. La estación era enorme. El escándalo de los trenes que llegaban y que salían volvían loco a los que no estaban acostumbrados a cosa semejante. Uno se quedaba bobo observando la enorme muchedumbre que se movía en todas direcciones. Un empujón aquí y otro allá. Una mirada burlona de alguno que pasaba como un rayo, al ver las maletas y los líos de los viajeros. Un oprobio de otro que tropezaba con ^{un} moroso. Aquello desconcertaba y ponía nervioso a cualquier jíbaro...

* 2 -

Ambrosio Fernández fue el amigo que esperó a Bernardo. Ambos subieron la escalera de la estación con la ligereza que exigía el gentío y entraron apretujados en el tren de la Novena Avenida. El ferrocarril se movió de momento, con un chillido infernal. A nuestro recién-llegado se le movieron las entrañas y no se reventó contra el suelo, porque no había espacio en donde caer, pues los demás pasajeros, apretados unos contra otros,

© Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico

612

lo impedían.

El tren siguió culebreando en carrera desenfrenada. Farallón no perdía detalle. Tenía los ojos como un dos de oro de la baraja española. Al frente suyo, guindando de una correa con una mano, le quedaba una mujer grandísima con unas ancas enormes y cada vez que el tren se movía, sus carnes abundantes y sueltas se apretaban contra la barriga de nuestro tímido viajero...

A medida que iba viendo las casas, ~~Bernardo~~ perdía la ilusión de lo bello que ~~le~~ se imaginó ^a ~~que era~~ Nueva York. ^{Los edificios} Le parecían panteones de pésima arquitectura. Si ~~los~~ Estados Unidos eran un país tan rico y tan dichoso, ¿por qué su ciudad suprema tenía que ser tan grotesca y tan sucia? Aquellos edificios, esa vida de movimiento continuo, ese afán de llegar primero, aquella multitud jadeante, con rostro sin sonrisa; todo, en fin, le pareció ordinario y grosero; y ~~le~~ decía de manera clara, que esta gente no era tan feliz y tan alegre como le habían hecho creer allá en su Puerto Rico chiquito y pobre.

Después de muchas vueltas y revueltas el tren llegó a la ^{estacion de la} calle 23. Los dos amigos salieron a la calle. Caminaron hasta el 228 ^{al} Oeste, de la 22. ^{Alli} En ~~esa casa~~ estaba localizado el hospedaje de la Señora Arnao, sitio en dónde residía Ambrosio y que sería el hogar de nuestro viajero.

Aquel día ~~nuestro hombre~~ no salió de su domicilio. Habló extensamente con su amigo. Se enteró de lo difícil que se hacía conseguir empleo en la ciudad. Se contaron mutuamente sus andanzas durante el tiempo en que no se habían visto. De la conversación ~~Bernardo~~ obtuvo un cuadro pesimista acerca de la vida que le esperaba. Si Ambrosio, quien llevaba varios meses en la ciudad, no había podido conseguir trabajo, a pesar de ser tabaquero completo, platero y relojero; cómo ~~iba~~ iba a conseguir ^{el} ^{el}, ^{quien} que no tenía tantas habilidades. Su mente empezó a llenarse de dudas y de sombras. Pagó ^{varias semanas de abono} por adelantado y cosió en un pliegue de su americana el importe del boleto de regreso. Se dispuso a luchar por obtener ocupación antes de que llegara el invierno. Si para esa fecha no lo había logrado, llevaría anclas y al diablo con Nueva York.

© Centro de Investigaciones Históricas, Universidad de Puerto Rico

OR

*

[Farallón era un hombre de estatura regular, color blanco de cera; característica del verdadero jíbaro borinqueño. Tenía una nariz aventada y chata, cara redonda, ojos pequeños y azules, pelo abundante de color castaño claro, cabeza y quijadas cuadradas, pómulos salientes, boca algo sensual, dientes anchos y marfileños. En conjunto era bastante feo. A primera vista inspiraba poca simpatía. Adivinar su nacionalidad se hacía problema difícil: podía pasar por un judío polaco, por uno de esos tipos europeos que son mezcla de blanco y de tártaro, o por un japonés vestido a la usanza occidental.]

[El día de su llegada a la ciudad ^{Farallon} vestía un traje de ~~traje~~ cheviot azul marino. Llevaba sombrero borsalino de pajilla italiana. Calzaba zapato negro de punto a la vista. Lucía un chaleco blanco y corbata roja. Su amigo le había advertido que se despojara de su reloj pulsera, porque aquella prenda sólo la usaban los hombres afeminados en Nueva York. Bernardo botó el reloj en la bahía. ¿ Para qué lo quería cuando el uso de esa prenda se prestaba a una confusión tan seria? Muchas veces en su vida recordó este incidente, pues esos relojes pasaron ^{a ser} artículos de moda, pocos años después. Bastante le pesó haber tirado el suyo y no tener con qué comprar otro...]

La dueña de la casa de pupilos era una mujer trigueña de grandes ojos glaucos y de mirada

6/K

coquetona y hechicera. Tenía pelo muy negro y abundante, que le rodaba en caudas por sus espaldas griegas. Por las tardes se peinaba de trenzas. Las doblaba en forma de diadema imperial. Su rostro era ovalado y estaba siempre sonreída, enseñando sus dientes parejos y blancos. Hablaba con voz melodiosa y palabra correcta y fácil. Vestía con elegancia que destacaba su figura esbelta y sus curvas artísticas y sensuales.

La señora Arnao decía ser esposa de un dentista puerorriqueño y sobrina de un negociante de bienes inmuebles, llamado O'Reilly, decendiente de la familia irlandesa del mismo nombre que emigró a Puerto Rico a principios del siglo XIX. Visitaban su casa frecuentemente, ese señor O'Reilly, ^{Mamuel} Argüeso, ^{Julian} Arroyo y varios otros puertorriqueños, de los que tenían negocios de bolsa y de comercio en grande escala en esta ciudad, desde hacía muchos años.

El apartamento estaba amueblado con gusto y elegancia. Su dueña era muy laboriosa. Parecía una de esas ~~mujeres~~ ^{as} de casa francesas que preparan un plato apetitoso hasta de las cáscaras de los guisantes. Ambrosio y Bernardo eran ~~los~~ ^{sus} únicos abonados para ese tiempo.

Por estos días los víveres y artículos de primera necesidad se vendían sumamente baratos. Se compraban 25 libras de papas por 20 centavos; huevos a 15 centavos la docena; tocineta a dos libras por peseta y el mejor corte de filete a 20 chavos la libra. Las hortalizas frescas se conseguían a montón por níquel. Las prendas de vestir también se compraban baratísimas. ~~Un magnífico traje para caballero se obtenía por \$10 y bellísimos vestidos para damas, casi regalados.~~ ^{Se obtiene por 10 centavos}

El transporte urbano costaba muy poco. Se podía viajar por casi toda la ciudad con un níquel. El pasajero abordaba un tren del elevado y cuándo llegaba a la estación de enlace, cambiaba para otra línea en cualquier dirección. El subterráneo de la Avenida Lexington no estaba funcionando ~~para esta fecha.~~ ^{totalmente.}

* 3 -

Al día siguiente de su llegada ~~Farallón y su~~ ^{los dos} amigos salieron a dar una vuelta ~~por~~ ^{por} la ciudad. Caminaron hasta la Quinta Avenida. Subieron a un magnífico autobús de

dos pisos que iba en dirección Norte. El vehículo dobló por la calle 110 y siguió hasta Riverside. Continuó su rumbo Norte hasta la calle 135, entró en Broadway, siguiendo la misma ruta hasta la 168. Pasó entonces ^{por} la Avenida Saint Nicholas hasta la 191. Todo este paseo por 10 centavos. El viajero, cómodamente sentado en la parte superior, al aire libre, podía contemplar a su gusto las tiendas y edificios de la Quinta Avenida, las mansiones de Riverside y el esquelético, mustio y enfermo panorama que se extendía al otro lado del río Hudson. Este viajecito, especialmente por las noches era uno de los predilectos de los enamorados. El ~~omnibus~~ ^{autobús} siempre iba lleno de parejas ~~de ellos~~ en los días de buen tiempo. ¡Cuántos romances legítimos y amores clandestinos tenían lugar sobre la cubierta de estos vehículos de la Quinta Avenida!

A corta distancia de ~~de~~ ^{de} la terminal había un parquecito en aquellos ^{días} en estado silvestre. Los dos amigos anduvieron un rato por el agreste lugar. Leyeron con interés las inscripciones conmemorativas que por allí había sobre los hechos de armas ocurridos en aquellos recintos durante la Guerra de Independencia. Miraban curiosos aquí y allá. Todos los rincones estaban llenos de parejas que se hacían el amor, o se dedicaban tranquilamente a acrecentar la población del mundo, sin importarle ~~en~~ nada las miradas de los caminantes.

~~Bernardo y su amigo Ambrosio~~ ^P regresaron por la misma vía. Abandonaron el vehículo en la calle 110 y Avenida Manhattan y desde allí se encaminaron hacia la 116. Los guiaba el propósito de visitar a sus compueblanos Antonio María León y a sus hermanos Pepín y Abelardo, los cuales tenían una fabriquita y tienda de tabacos en el número 257 Oeste de esa calle, junto a la Octava Avenida.

Los León fueron una familia cayeyana, llegada a esta ciudad en 1904, época en que residieron en la calle 54, entre Segunda y Tercera Avenidas; y figuran entre los primeros borinqueños que se afincaron permanentemente en lo que hoy se llama el Barrio Latino de Harlem. Residían por esos contornos también en esos ^{tiempos} ~~espacios~~ ~~que~~ ~~ocupan~~ los Nadal, Matienzo, Pietri, Julio Ortíz, S. Escalona, Umpierre, Pontón y algunos otros borícuas, esparcidos por todo el vecindario. En total, el número

011

de puertorriqueños no pasaba de 150 en toda la región, según testimonio de ~~los dos visi-~~
~~tantes de que hablamos y de varias otras~~ personas a quienes hemos consultado sobre el
asunto.

En esa barriada, antes de los borinqueños, vivieron otros hispanos. Por ahí estuvie-
ron domiciliados en el último cuarto de siglo pasado muchísimos emigrados de la colonia
cubana y personas allegadas a ellos, Entre estos residentes de antaño se cuentan Emilia
Casanova de Villaverde, ~~La~~ señora Mantilla, una de las familias Quesada, los Zaldívar
y los Arango. Casi todas ~~estas familias~~ ocuparon apartamentos pertenecientes a hebreos
sefarditas domiciliados en la calle 110, frente al Parque Central.

~~La población,~~ Las tiendas y las casas de toda esa vecindad para 1916 pertenecían, casi
totalmente, a los hebreos. Las avenidas Séptima, Saint Nicholas, Manhattan y calles
inmediatas estaban pobladas por ~~los~~ israelitas ricos y pudientes; la calle 110 era el
centro profesional del distrito; la Avenida Lenox estaba ocupada por comercio de gran
fantasía y lujo; los negocios de menos categoría se extendían por la región del Este de
la Quinta Avenida, y el ghetto de los judíos pobres estaba localizado a lo largo de
la Avenida Park, desde la calle 117 hasta la 100 y en las calles al Este de Madison.
En esa parte del barrio ocupada por los hebreos pobres se domiciliaban algunas familias
borinqueñas y cubanas, las cuales no ^a pasaban de 50 en su totalidad. También se alojaban
por ahí varios tabaqueros borincuas, de estado soltero, en las casas de habitaciones
amuebladas, las que abundaban en las manzanas comprendidas entre las avenidas Madison
y Park.

Esta Avenida Park era la lonja del comercio barato. Funcionaba allí un mercado al
aire libre. La gente montaba sus tiendas por la mañana en las aceras y debajo del puente
del ferrocarril de la Grand Central, y recogían sus tenderetes por la tarde. Fue este
lugar siempre un sitio sucio y pestilente, que se organizó en la forma que existe hoy,
higienizándose un poco durante el gobierno del alcalde Fiorello La Guardia.

En esa gran plaza de mercado de los hebreos se oían hablar todos los idiomas del
mundo

europeo: ~~judíos~~ ^{hijos} sefarditas expresándose con propiedad en español antiguo y en portugués; ~~hijos~~ ^{los} del Mediterráneo y de Levante, hablando italiano, francés, provenzal, turco, rumano, árabe, griego, etc. No era raro encontrar un individuo, sin buscarlo mucho rato, quien pudiera hacerse entender apropiadamente en cuatro o cinco lenguas distintas. Había en ese mercado puestos para todos los productos, ~~y muchos eran de misceláneas, especialmente los de mercancía seca (mercerías, etc.)~~ El cliente podía obtener, desde un paquete de agujas hasta un ajuar de novia... Se compraba un par de zapatos usados por veinticinco centavos y las frutas y verduras se vendían a montón por dos o tres centavos...

— 4 —

~~Nuestros de amigos,~~ Después de haber recorrido el barrio, se detuvieron a cenar en una fonda llamada La Luz, porque se creyeron que era un figón hispano. Los dueños resultaron ser ~~judíos~~ ^{hijos judíos} españoles. El lugar estaba situado en la calle II5, cerca de Park, en el edificio contiguo a dónde hoy está la botica de Siegel's. La comida no estaba condimentada a estilo ortodoxo, ~~hebreo~~, propiamente hablando. Contenía salsas de origen español. Todos los parroquianos hablaban en castellano anticuado. ^L Se día argumentaban acerca de la guerra europea. Casi todos estaban seguros de que ~~los~~ ^{los} Estados Unidos entrarían pronto en el conflicto y que los alemanes serían finalmente derrotados. ~~Ninguno de ellos dijo una palabra favorable a los teutones.~~

Nadie hubiera podido imaginarse que aquel era un restaurant en ~~los~~ Estados Unidos. Todo respiraba ^e esencias exóticas. El mobiliario, el servicio atento y fino y los adornos de las paredes y aspecto general del sitio imitaban las cosas de los cafés de clase media de España y de Portugal. Nuestros excursionistas se quedaron sorprendidos con lo que vieron. Nunca antes habían tenido la oportunidad de conocer de cerca a los ~~judíos~~ ^{hijos judíos} españoles. Verlos actuar, discutir y observar sus maneras y personas hacían creer que aquellos hombres eran peninsulares españoles de las diferentes partes del Reino. Unos parecían verdaderos gallegos; otros, morenos andaluces y algunos demostraban con sus gestos y tonos de voz ser tan rudos como la gente de Aragón...

El barrio de Harlem en este tiempo era un baluarte socialista. El partido tenía numerosos clubes establecidos en todo el vecindario. Esos centros obreros funcionaban todo el año y en ellos se reunía la juventud artesana para fines educativos y fiestas de deportes. Existían dos centros principales: el Harlem Terrace, sucursal de la Rand School, en la calle 104 y el Harlem Educational Centre, calle 106, entre Madison y Park. Había en toda la vecindad muchas cooperativas obreras y sociedades culturales. El lugar de las grandes reuniones intramuros de todas las ideas y de todos los grupos era el Park Palace. La esquina de la 110 y Quinta Avenida se consideraba como la Plaza de la Stoa, o Foro Público en que se discutían asuntos políticos, sociales, económicos, filosóficos; cada cual expresando sus puntos de vista de acuerdo con sus creencias.

En la calle 115 y Quinta Avenida existía una escuela superior, administrada con sujeción a un plan socialista. De este interesante plantel educativo nos ocuparemos más adelante. En la 110 y Séptima Avenida había otra escuela superior para estudiantes hebreos pudientes, que desearan prepararse para estudios profesionales.

Las viviendas, en su mayor parte, eran propiedad de familias residentes en el mismo barrio, muchas veces en un apartamento de la misma casa en que vivían otros inquilinos. Los edificios dedicados a la explotación del inquilinato no abundaban. Los sindicatos que se dedicaban a ese negocio no tenían muchas propiedades en Harlem.

Las casas eran amplias y cómodas. Se conservaban en buen estado, porque los propietarios, quienes, como se ha dicho, casi siempre residían en ellas, estaban siempre en vela para que los que las ocupaban tuvieran pendientes de su cuidado y limpieza. Esta manera exclusiva de vivir que gozaban los hebreos de Harlem los había encarinado con el vecindario y desarrollado entre ellos cierto sentimentalismo hacia su barrio. Allí habían crecido ~~muchas~~ ^{varias} generaciones de ellos. Allí se educaron y allí vivieron sus hijos y sus nietos. Por aquellos contornos tenían sus teatros, su ~~asilo~~ ^{comercio}, sus instituciones educativas, sus asilos de ancianos y sus sinagogas. De manera que todas las cosas de la región estaban relacionadas íntimamente a su vida, por recuerdos y afectos acumulados durante muchos años. Para ellos Harlem era parte de su alma y de su ser.

Al día siguiente de sus andanzas por el vecindario ~~hebreo~~ de Harlem, nuestros dos hombres salieron a explorar parte de la barriada en donde residían los tabaquecuadras. Esa vecindad se extendía desde la calle 106 y Tercera Avenida y ~~calles~~ ^{cuadras} intermedias, hasta la calle 64. Disgregados en este extenso territorio, principalmente a lo largo de la Segunda y Tercera Avenidas, se habían radicado los tabaqueros borinqueños. Hay que advertir, sin embargo, que no era solamente en esta región en donde residían borincuas. Los había en el distrito de Chelsea y en la parte Oeste de Manhattan, sección esta última en donde habitaban los más pudientes. Seguía en densidad de población borinqueña la vecindad de Boro Hall, por las calles Adams, Pearl, distrito cercano al Astillero Naval, etc., en Brooklyn. Además, desde la calle ¹⁵ ~~15~~ hasta la ²⁰² ~~veinte~~, en el Este, vivían también algunos tabaqueros isleños. La mayor parte de ellos se hospedaban en las casas de abonos de Isidro Capdevila y de Juan Crusellas, ambas situadas en la 20 y Segunda Avenida. ^{lugar en que} ~~Por allí~~ moraban Francisco Ramos, Félix Rodríguez Infanzón, Juan Cruz, Lorenzo Verdeguez, Pedro Juan Alfaro, Alfonso Baerga y ~~varios~~ varios otros.

La colonia borinqueña se calculaba en ~~6,000~~ 6,000 almas para 1916. La mayoría eran tabaqueros y familiares de éstos. Era un conglomerado de gente laboriosa y buena. Toda la población de habla española en Nueva York se estimaba en más de 16, 000 personas.

Los obreros negros que venían de nuestra Isla, al principio se acomodaron en la región comprendida entre las calles 106 y la 99, por la Segunda y la Tercera Avenidas. Muchos de estos obreros de color, como Arturo Alfonso Shomburg, Agustín Vázquez, Isidro ^{Manzano} ~~Manzano~~ ^{Manzano} se establecieron definitivamente en el barrio de los ^{negros} ~~negros~~ americanos, calle 135, cerca de Lenox; pero poco a poco, los borinqueños empezaron a vivir en armonía, sin diferencias raciales, en todo el vecindario ocupado por los tabaqueros.

En el recorrido ~~de que estamos hablando~~ Fernández y Farallón visitaron varios talleres de tabaquería de los que estaban enclavados en el distrito del Este. En todos ellos se empleaban algunos obreros naturales de la Isla.

OK

LA FAMILIA FARALLON - pag. 14
Primera Parte.

Además de las fábricas de cigarros localizadas en la misma vecindad de los obreros, habían muchas otras en diferentes partes de la ciudad. Los trabajadores que vivían en la barriada preferían trabajar en las cercanas, pues así podían aprovechar las horas de la tarde, especialmente en verano, para pasear por el Parque Central, para visitar el Museo de Bellas Artes en la Quinta Avenida, calle 84, o asistir a las tandas vespertinas de los teatros, cuyo centro era la 86, entre las avenidas Lexington y Tercera.

Durante estas peregrinaciones ^{nuestras excursiones} ~~de los dos amigos~~ tuvieron oportunidad de aprender muchas cosas y se iban dando cuenta de cómo se vivía en Nueva York. Entendieron mucho mejor varios problemas sobre los cuales los borinqueños tenían juicios equivocados, cuando se aventuraban a salir de su Tierra. Todos los conceptos sobre política, economía, salarios, cultura, vida de relación y prácticas democráticas que tenían los boricuas de aquel tiempo acerca de Estados Unidos, había que revisarlos; quitándole los vuelos románticos, los contornos engañosos y la idea confusa, que, a veces, producen las cosas vistas a distancia, ^{al través de los libros.} ~~para poder ajustarse a las realidades.~~